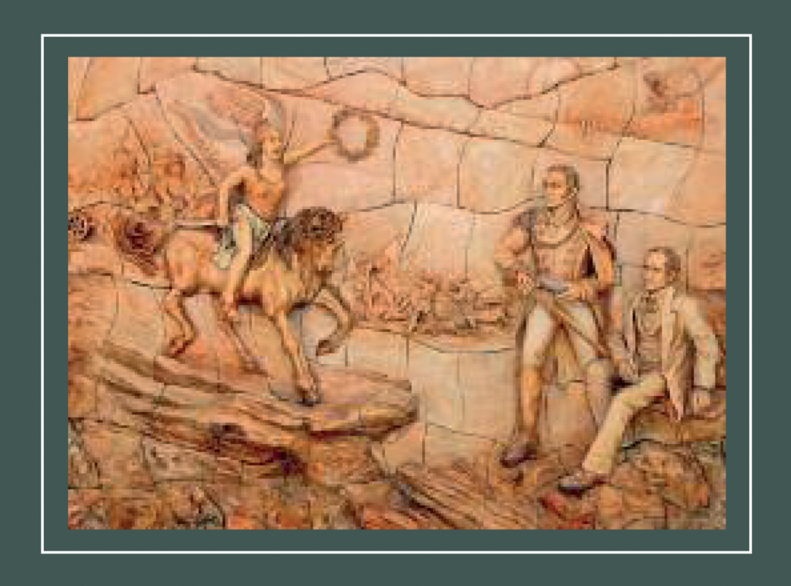
La victoria de Junín
Canto a Bolívar (1825)

José Joaquín Olmedo



Edición
Raúl Vallejo Corral

Prólogo de
Fernando Iwasaki Cauti

La Victoria de Junín

CANTO A BOLÍVAR

José Joaquín Olmedo

Estudio introductorio, cronología, selección de cartas
y cuidado del texto, a cargo de
Raúl Vallejo Corral
Escritor y profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Prólogo de
Fernando Iwasaki Cauti
Escritor







Índice

El espejo y la patria

A Manuela Franco Guerra, mi línea ecuatorial

> Acepto tu labor. Es otra victoria. Has atribuido a cada vocablo su genuina acepción y a cada nombre sustantivo el epíteto que le dieron los primeros poetas. No hay en toda la loa una sola imagen que no hayan usado los clásicos. La guerra es el hermoso tejido de hombres y el agua de la espada es la sangre. El mar tiene su dios y las nubes predicen el porvenir. Has manejado con destreza la rima, la aliteración, la asonancia, las cantidades, los artificios de la docta retórica, la sabia alteración de los metros. Si se perdiera toda la literatura de Irlanda —*omen absit*— podría reconstruirse sin pérdida con tu clásica oda.
>
> Jorge Luis Borges, «El espejo y la máscara».

José Joaquín Olmedo fue prócer y además poeta, dos vocaciones de convivencia difícil, ya que una siempre termina devorando a la otra. Y aunque Olmedo es una figura importante para la historia de la literatura latinoamericana, mi propósito es ponderar su importancia para la literatura latinoamericana a secas —que no es lo mismo ni se estima igual—, pues *La victoria de Junín* o *Canto a Bolívar* ha sido más valorada por sus connotaciones políticas que por las literarias[1].

---

[1] Remito a los lectores a los valiosos estudios que han trabajado esta perspectiva: José Joaquín Olmedo, *Poesía y prosa*, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I.,Puebla, Editorial Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960; Emilio Carilla, «Revisión de Olmedo», en *Thesaurus* XIX, 1, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1964,

El nacimiento de las nuevas repúblicas hispanoamericanas supuso un despliegue intelectual equivalente al militar, aunque los pensadores e ideólogos republicanos también sucumbieron ante los caudillos que ganaron la guerra de la independencia[2]. El itinerario vital de José Joaquín Olmedo —diputado en Cádiz, amigo de los Libertadores, ministro de gobierno y vicepresidente de su país— podría ser la biografía tipo de más de un prócer hispanoamericano, de no ser por su obra poética. Por lo tanto, si la poesía lo salvó de ser como cualquier político, José Joaquín Olmedo debería ser recordado esencialmente como poeta.

Hablando de Pessoa, Octavio Paz sentenció alguna vez que «los poetas no tienen biografía», *boutade* que uno acepta como licencia poética, ya que en la vida de cualquier hombre —incluso de los grises, los lacios y los frívolos— cabe toda la poesía del mundo. José Joaquín Olmedo disfrutó de la plenitud en su vida cívica y pública, mas sufrió con discreción las tragedias que destrozaron su vida íntima y sentimental. La biografía de todos los hombres consiente la dicha y la desdicha, pero sólo los poetas verdaderos son capaces de conmovernos al compartirlas.

En realidad, el Olmedo de bronce que todos veneramos, fue un barro pensativo y desconsolado que a través de la poesía quiso expiar dos culpas que lo atormentaron durante años: sobrevivir a los seres que más quiso y no haber estado junto a ninguno de ellos cuando murieron. La vida fue así de cruel con Olmedo: como político fue un salvador de la patria, como poeta sólo buscó la redención.

---

pp. 131-146; Abel Romeo Castillo, *Olmedo, prócer y poeta*, Guayaquil, Instituto Olmediano del Ecuador, 1980; Inke Gunia y Klaus Meyer-Minnemann, «José Joaquín de Olmedo: *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar*», [1895], «Legitimidad política y legitimidad poética», en *La literatura en la formación de los estados latinoamericanos (1800-1860)*, Dieter Janik, ed., Frankfurt-Madrid, Iberoamericana Vervuet, 1998, pp. 219-235; y Carlos Burgos: *En tensión. Olmedo, Riofrío y Montalvo: cultura, literatura y política en el XIX ecuatoriano*, Guayaquil, Universidad Católica, 2008.

[2] Tal es el tema del excelente trabajo de Rafael Rojas, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009, flamante «Premio de Ensayo Isabel de Polanco».

En las líneas liminares de «El espejo y la máscara» descubrimos que se ha librado la batalla de Clontarf y que el Alto Rey le dice al poeta: «Las proezas más claras pierden su lustre si no se las amoneda en palabras. Quiero que cantes mi victoria y mi loa. Yo seré Eneas; tú serás mi Virgilio». Me apresuro a advertir que ni Bolívar es el Alto Rey ni Olmedo el poeta del relato. Sin embargo, como la batalla de Junín sí fue amonedada en palabras, considero imprescindible dilucidar la naturaleza literaria de los metales empleados por Olmedo. No hace falta demostrar que *La Victoria de Junín* es un doblón de ley, mas sí deseo explorar las vetas del oro de su poesía.

No se me escapa que ningún poeta contemporáneo escribiría hoy con la rima, la métrica, la composición estrófica y las figuras literarias que caracterizan la oda de Olmedo, pues el *Canto a Bolívar* es la cifra perfecta del gusto, la erudición y el canon de una época, tal como lo reconocieron Andrés Bello y Marcelino Menéndez y Pelayo, dos autoridades filológicas de su tiempo[3]. Considero imprescindible hacer hincapié en este aspecto, ya que la moderna crítica latinoamericana siempre ha menospreciado la poesía de los siglos XVIII y XIX por considerarla *colonial* y reflejo de la poesía española en general[4], amén de ripiosa y tartamuda en particular.

---

[3] Para Andrés Bello «El estilo es elegante, animado y manifiesta una grande familiaridad con el lenguaje castellano poético. El colorido es tan brillante, como la versificación armoniosa; y reina en toda la obra una variedad que la naturaleza del asunto apenas permitió esperar, alternando con las escenas horribles de la guerra cuadros risueños y blandos, en que se hace un uso oportunísimo de la localidad y las tradiciones peruanas», ver Andrés Bello: «Noticia de La Victoria a Junín», en *Repertorio Americano*, Londres, 1826-1827, vol. I, p. 55. Por otro lado, el exigente polígrafo español al menos derramó una perla: «De todos los poetas clásicos del siglo XIX, Olmedo es quizá el único que a duras penas puede dar materia para un pequeñísimo volumen», citado por César Vallejo, *El romanticismo en la poesía castellana*, Ediciones Elaleph.com, p. 51 en http://www.scribd.com/doc/7247902/Cesar-Vallejo-El-Romanticismo-en-La-Poesia-a.

[4] El origen de tales prejuicios es el capítulo que el peruano José Carlos Mariátegui dedicó a «El Proceso de la Literatura» en sus *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Biblioteca Amauta, 1968, quien en 1928 aseguró rotundo:

No obstante, llegados a este punto tal vez sería preciso dejar claro que la poesía en español de los siglos XVIII y XIX no produjo nada especialmente notable ni en España ni en América Latina, hasta que Darío publicó *Azul* en 1888. Es decir, que ni Bécquer ni Martí, ni Mármol ni Espronceda, ni Zorrilla ni Asunción Silva, ni Heredia ni Campoamor, rayaron a la misma altura que los maestros del Siglo de Oro —Sor Juana incluida— o los poetas del Modernismo, de la Generación del 98, de las Vanguardias o de la Generación del 27. En realidad, la lengua española quedó fuera de los grandes hallazgos poéticos de los siglos XVIII y XIX, donde todo el protagonismo le correspondió a Friedrich Hölderlin, William Wordsworth, John Keats, Walt Whitman, Giacomo Leopardi, Charles Baudelaire y Paul Verlaine, entre otros. Ningún poeta de habla hispana de aquellos años resistiría la comparación con semejantes figuras, y menos que nadie los poetas españoles que Olmedo leyó, admiró y conoció, como Quintana, Gallego, Cienfuegos, Meléndez Valdés o Martínez de la Rosa[5].

Por lo tanto, si *La victoria de Junín* colmó las exigencias formales de una composición lírica donde el autor tenía que hacer alarde de sus lecturas poéticas, su erudición clásica y su pericia métrica, para poder celebrar la independencia de todo un continente en una época en la que los poetas componían odas a la imprenta (Quintana), al otoño (Meléndez Valdés) o a los tratados de paz[6], se comprende que Andrés Bello fuera elogioso sin dejar de ser parco:

> Entusiasmo sostenido, variedad y hermosura de cuadros, dicción castigada más que en ninguna de cuantas poesías americanas conocemos, armonía perpetua, diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida

---

«Nuestra literatura no cesa de ser española en la fecha de la fundación de la República. Sigue siéndolo por muchos años, ya en uno, ya en otro trasnochado eco del clasicismo o del romanticismo de la metrópoli. En todo caso, si no española, hay que llamarla por luengos años, literatura colonial» (Ob. cit., pp. 188-189).

[5] A partir de Rubén Darío la poesía en español adquiere protagonismo universal, ya que poetas como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Pablo Neruda, Federico García Lorca, César Vallejo, Vicente Aleixandre o Luis Cernuda, fueron las cimas de la poesía en español y al mismo tiempo sirvieron de espejo a poetas de otras lenguas.

> con la lectura de los autores latinos y particularmente de Horacio, sentencias esparcidas con economía y dignas de un ciudadano que ha servido con honor a la libertad antes de cantarla, tales son las dotes que en nuestro concepto elevan el *Canto a Bolívar* al primer lugar entre todas las obras poéticas inspiradas por la gloria del Libertador[7].

Algunos comentaristas contemporáneos han creído que en la expresión «diestras imitaciones» palpitaba un reproche cuando es justo lo contrario, ya que la destreza en la imitación de los clásicos era sinónimo de lecturas, recursos y conocimientos[8]. De hecho, José Joaquín Olmedo tradujo y admiró al poeta inglés Alexander Pope[9], máximo exponente de la poesía de la *Augustan Literature*, corriente poética de ambición filosófica que entronizó la imitación de Horacio, Virgilio y Ovidio para ejercer la crítica o la sátira política y social a través de odas, baladas, elegías y canciones, cuya eficacia se basaba en la imitación. Olmedo debió conocer las obras de Pope durante su primera residencia europea, pues el poeta inglés no sólo era muy popular en Inglaterra sino además en Francia y España[10]. Por lo tanto, nada más lógico y legítimo que imitar al propio Alexander Pope en *La victoria de Junín*[11].

---

[6] La paz de Basilea (22.07.1796) le deparó a Godoy el título de Príncipe de la Paz y se convirtió en tema de numerosas odas a la paz, compuestas —entre otros— por Cienfuegos, Quintana, Meléndez, Forner, Salas, etc. Según José Luis Cano, «el tema llegó a convertirse en ejercicio obligado de concursos [de cátedra]», en Nicasio Alvarez Cienfuegos, *Poesías*, edición de José Luis Cano, Madrid, Clásicos Castalia, 1969, p. 99.

[7] Bello, «Noticia de la Victoria a Junín», p. 61.

[8] Al respecto ver Pedro Juan Galán, «La poética de la imitación en la poesía neolatina del Renacimiento: distinción entre fuentes, clichés y paralelos», en *Minerva. Revista de Filología Clásica* 20 (Valladolid, 2007), p. 139-161.

[9] Olmedo tradujo *Essay of Man* de Alexander Pope y publicó la obra en 1823 en la Imprenta Masías de Lima. La misma obra fue traducida en 1821 por Gregorio González Azaola y publicada en Madrid en 1821.

[10] Para la lectura de Pope en España existe el estudio minucioso de Susi Effross, «The influence of Alexander Pope on Eighteenth-Century Spain», en *Studies in Philology* 63 (North Caroline, 1966), pp. 78-92.

[11] En un riguroso y brillante análisis, Marco Tello compara versos de Pope con versos del *Canto a Bolívar*, demostrando la impronta del maestro inglés en la

Hoy en día los poetas no quieren parecerse a nadie y reivindican mundos propios, miradas personales y voces originales. Sin embargo, a comienzos del siglo XIX no era ningún desdoro tener como espejo a grandes poetas del pasado y del presente. Así, en una estrofa de *Mi retrato*, José Joaquín Olmedo enumeró a sus maestros:

Junto á mí pocos libros.
Muy pocos, pero buenos;
Virgilio, Horacio, Ovidio,
á Plutarco, al de Teyo,
á Richardson, á Pope,
y á ti ¡oh Valdés! ¡oh tierno
amigo de las Musas,
mi amor y mi embeleso!

Echo de menos un estudio minucioso del *Canto a Bolívar* por parte de un profesional de la filología clásica y la literatura comparada, pues la oda de Olmedo no sólo es rica en imitaciones al estilo de la *Augustan Literature* de Pope, sino en versos y fórmulas retóricas provenientes de la lectura de clásicos del Siglo de Oro, traductores a su vez de los maestros latinos[12]. De hecho, no es casual que los críticos más atentos a las improntas de Horacio en *La victoria de Junín* fueran los eruditos del siglo XIX, familiarizados con un saber que ha ido desapareciendo en los estudios de la literatura hispanoamericana: la filología clásica[13].

---

oda de Olmedo. Ver Marco Tello, «José Joaquín de Olmedo», en *Historia de las literaturas del Ecuador*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 2001, vol. II, p. 251 y 253.

[12] Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Bibliografía hispano-latina clásica* IV, Horacio I, p. 190 en http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/00363956422472984432268/029341_0002.pdf.

[13] Pienso en las observaciones de los hermanos Miguel y Gregorio Amunategui, *Juicio crítico de algunos poetas Hispano-Americanos*, Santiago, Imprenta del Ferro-Carril, 1861, pp. 37-39; Marcelino Menéndez y Pelayo: *Horacio en España*, Madrid, Pérez Dubrul, 1885, t. I p. 189 y t. II p. 468; Bartolomé Mitre, *Horacianas*, La Plata, 1895, pp. 87-88.

Olmedo, cantautor de la patria

El 31 de enero de 1847, diecinueve días antes de su muerte, José Joaquín de Olmedo, ya de vuelta de su estancia de dos años en Lima —«a donde fui a buscar salud y no la encontré»—, escribía desde Guayaquil a su amigo y compadre don Andrés Bello en un tono filosófica y políticamente desencantado, más cercano al *spleen* de fin de siglo que a su habitual serenidad y equilibrio espirituales:

> ...hace muchos años que, con mucha frecuencia, me asalta el pensamiento de que (aquí entre nosotros) es incompleta, imperfecta, la redención del género humano, y poco digna de un Dios infinitamente misericordioso. Nos libertó del pecado, pero no de la muerte. Nos redimió del pecado, y nos dejó todos los males que son efecto del pecado. Lo mismo hace cualquier libertador vulgar, por ejemplo, Bolívar: nos libró del yugo español, y nos dejó todos los desastres de las revoluciones.[1]

¿Qué había sucedido en el corazón del poeta para que, veintidós años después, el autor del *Canto a Bolívar* motejara de «libertador vulgar» al mismo que había llamado «árbitro de la paz y de la guerra»? ¿De qué manera los sucesos políticos de la naciente república que Olmedo tuvo que vivir, la mayor parte de las veces como protagonista impelido por las circunstancias, habían transformado la idea sobre lo heroico de la gesta independista que él plasmó en su *Canto*? ¿Se arrepentía tal vez de haber

---

[1] José Joaquín Olmedo, *Epistolario*, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I., Puebla, Editorial Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960, p. 300.

escrito: «¡Victoria por la patria! ¡oh Dios, victoria! / ¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!» o la supuesta «vulgaridad» del Libertador era una expresión malhumorada producto del cáncer que lo consumía por dentro? ¿O a lo mejor es esta, su última carta, sólo un ejemplo de las veleidades y angustia existenciales con las que vivieron los *poetas civiles* del siglo XIX: necesitados de la libertad de espíritu para ver con criticidad el mundo y, al mismo tiempo, comprometidos con la cotidianidad política para la construcción de ese mismo mundo del que no podían evadirse por más que buscaran el remanso de la vida retirada?

El *poeta civil* del siglo XIX fue parte no sólo del proceso estético que contribuyó a *pensar la nación* sino que también fue protagonista de los sucesos políticos requeridos para construirla. Ese *poeta civil* es un escritor que, sin tanto manifiesto de compromiso sartreano como se estiló en la década latinoamericana del sesenta, hizo de su producción literaria una parte fundamental de su propia práctica política. Los tres poetas más significativos del período de la independencia responden a esta definición: Olmedo, Andrés Bello (1781-1865), cuya obra poética, lingüística y política está dedicada a construir una expresión americana, y José María Heredia (1803-1839), que pasó la mayor parte de su vida en el destierro y para quien la Patria, en su obra, es una nostalgia perenne y su libertad el anhelo insatisfecho del poeta.

En Nuestra América, durante los procesos independentistas, el *poeta civil* experimenta por lo general un tránsito político que va desde su vocación monárquica, pasa por los anhelos de poder de los criollos que se sentían los legítimos representantes de dicha monarquía, y —una vez agotada la experiencia constitucionalista de las Cortes de Cádiz y la vuelta al régimen absolutista de Fernando VII— desemboca en una lucha por la independencia de su lugar de origen que es asumido como la *Patria*.

Olmedo fue un *poeta civil* heredero de la tradición neoclásica que cumplió como ciudadano, no sin conflictos personales, las tareas políticas que él sentía que la Patria le demandaba en detrimento, la mayoría de las veces, de su vocación literaria. Este conflicto existencial del poeta va estar reflejado en varios textos y cartas puesto que para los *escritores civiles* del siglo XIX el concepto de Patria estaba cargado de un profundo imperativo ético y no existía entonces la desconfianza que existe hoy en día frente al ejer-

cicio la función pública. Esta desconfianza en las tareas ciudadanas hoy está más o menos generalizada a partir de lo que se ha dado en llamar una *ética del descomprometimiento*, típica del cinismo de la posmodernidad; en ciertos intelectuales es producto de una actitud moralista y moralizante frente al *poder* a cuyo ejercicio, al menos desde el Estado, parecerían haber renunciado por miedo a contaminarse como resultado de una lectura pretendidamente radical aunque, en realidad, profundamente reaccionaria de las tesis de Foucault sobre el *poder*.

Hasta un romántico como Juan María Gutiérrez —entregado él mismo a la política de su patria— se lamentaba en el prólogo a la edición chilena de la poesía de Olmedo, que el propio Gutiérrez preparó un año después de la muerte del poeta, sobre la entrega del vate a la causa política en perjuicio de su propia producción literaria:

> Es una lástima que el Sr. Olmedo pródigamente dotado de talento poético por la naturaleza, no hubiera podido consagrarse a escribir exclusivamente en verso. La esterilidad de la carrera literaria antes de la revolución, y después de ella los negocios públicos, le alejaron del cultivo exclusivo de las musas: su vida fue pública sin que pudiera gozar en ella como tal vez anhelaba, del largo reposo que exigen los trabajos mentales.[2]

No sólo el goce intelectual que experimentaba Olmedo mientras trabajaba en la traducción de la primera epístola del *Ensayo sobre el hombre*, de Alexander Pope, a su regreso de las Cortes, en el período de 1817 a 1820, ha quedado patente en el prólogo a la publicación de dicha epístola en 1823; también quedó demostrado en ella la convicción ética del poeta acerca del cumplimiento de sus tareas políticas y de qué manera vivía esta compleja situación en la que las tareas civiles ocupaban el precioso tiempo que demandaba la creación poética:

> El ocio que disfrutaba entonces, la distracción de todo negocio público y la soledad, me preparaban maravillosamente a esta grande y deliciosa

---

[2] Juan María Gutiérrez, «Prólogo», en José Joaquín Olmedo, *Obras poéticas*, Valparaíso, Imprenta Europea, 1848, p. V.

> ocupación. Mas por aquel mismo tiempo una voz imperiosa me llamó de improviso a tener parte en los destinos de mi patria [se refiere a los sucesos que culminaron el 9 de Octubre de 1820 con la independencia de Guayaquil]. Los cuidados de la vida pública y los peligros que incesantemente amenazaron mi país hasta la victoria de Pichincha [24 de Mayo de 1822, Día de la Independencia de lo que hoy es Ecuador], vinieron no sólo a interrumpir mi tarea, sino a separarme de todo género de estudio, especialmente del trato con las musas, que son, como se sabe, nimiamente delicadas y celosas.[3]

Los *escritores civiles* del siglo XIX entendieron con claridad y practicaron con convicción, desde su origen de clase, aquello que a mediados del siglo XX Antonio Gramsci llamó *la responsabilidad de los intelectuales* y que Jean Paul Sartre demandó como *el compromiso de los escritores*. Los *escritores civiles* del siglo XIX asumieron con responsabilidad su condición de intelectuales orgánicos durante la construcción de los Estados nacionales de Nuestra América y estuvieron permanentemente comprometidos con las causas de la libertad, la moral y el progreso, entre otras similares, según los conceptos ideológicos del siglo XIX, de la Patria a la que pertenecieron. En la carta del 29 de agosto de 1823 dirigida a Joaquín Araujo podemos apreciar ese anhelo de paz que Olmedo requería para su poesía y, al mismo tiempo, ese espíritu atento al cumplimiento de su deber cívico:

> Pues ya puede Ud. formarse idea de lo que me pasa cuando distrayéndome de las escenas lamentables de nuestra patria, mi imaginación vuela a consolarse a la dulce y filosófica soledad de Ud. Un huerto, un jardín, un río, pocos y buenos libros, pocos y buenos amigos... y embotada la curiosidad de noticias políticas... [...] Mientras dura este laberinto, en que por desgracia estoy también metido, y mientras que se serena el cielo político del Perú, me he quedado en el seno de mi familia como en un puesto de observación, pero siempre dispuesto a ir donde me llame el peligro y mi deber. ¿Qué he de hacer? Éste es mi destino.[4]

---

[3] José Joaquín Olmedo, *Poesía-Prosa*, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I., Puebla, Editorial Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960, p. 340.

[4] *Epistolario*, pp. 227-228.



[Retrato de Bolívar, 1826]

La victoria de Junín

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre
que, más feroz que nunca, amenazaba,
a sangre y fuego, eterna servidumbre,
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
el arte humano osado levantaba
para hablar a los siglos y naciones,
—templos do esclavas manos
deificaban en pompa a sus tiranos—
ludibrio son del tiempo, que con su ala
débil las toca y las derriba al suelo,
después que en fácil juego el fugaz viento
borró sus mentirosas inscripciones;

y bajo los escombros, confundido
entre la sombra del eterno olvido,
—¡oh de ambición y de miseria ejemplo!—
el sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
a la región etérea se levanta,
que ven las tempestades a su planta
brillar, rugir, romperse, disiparse,
los Andes, las enormes, estupendas
moles sentadas sobre bases de oro,
la tierra con su peso equilibrando[i],
jamás se moverán. Ellos, burlando
de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de libertad y de victoria heraldos,
que, con eco profundo,
a la postrema edad dirán del mundo:

«Nosotros vimos de Junín el campo,
vimos que al desplegarse
del Perú y de Colombia las banderas,
se turban las legiones altaneras,
huye el fiero español despavorido,
o pide paz rendido.
Venció Bolívar, el Perú fue libre,
y en triunfal pompa Libertad sagrada
en el templo del Sol fue colocada.»

---

[i] *La tierra con su peso equilibrando.* Los físicos han procurado explicar el equilibrio que guarda la tierra a pesar de la diferencia de masas en sus dos hemisferios. ¿El enorme peso de los Andes no podrá ser uno de los datos para resolver este curioso problema de geografía física?

¿Quién me dará templar el voraz fuego
en que ardo todo yo? —Trémula, incierta,
torpe la mano va sobre la lira
dando discorde son. ¿Quién me liberta
del dios que me fatiga...?
Siento unas veces la rebelde Musa,
cual bacante en furor, vagar incierta
por medio de las plazas bulliciosas,
o sola por las selvas silenciosas,
o las risueñas playas
que manso lame el caudaloso Guayas[ii];
otras el vuelo arrebatada tiende
sobre los montes, y de allí desciende
al campo de Junín, y ardiendo en ira,
los numerosos escuadrones mira
que el odiado pendón de España arbolan,
y en cristado morrión y peto armada,
cual amazona fiera,
se mezcla entre las filas la primera
de todos los guerreros,
y a combatir con ellos se adelanta,
triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
donde el guerrero solo y el poeta
eran dignos de honor y de memoria,
la musa audaz de Píndaro divino,
cual intrépido atleta,
en inmortal porfía
al griego estadio concurrir solía;

[ii] *el caudaloso Guayas:* El río Guayaquil en cuyas orillas se hacía esta composición. Se cree que tomó su nombre de Guayas, antiguo Régulo del país antes de la conquista.

La Independencia de América fue un proceso de alcance y repercusión mundial. Simón Bolívar, su más notable líder militar y político, y José Joaquín Olmedo, el poeta que escribió la obra más destacada del período, el *Canto a Bolívar*, destinado a exaltar la victoria de Junín en los altos Andes del Perú.



En su obra, Olmedo justifica la ruptura del orden colonial y la aspiración independentista de los criollos americanos, invoca el pasado indígena andino, destaca el liderazgo y la visión de Bolívar, describe las acciones militares y expresa la voluntad de consolidar la libertad en el Continente.

El *Canto a Bolívar* fue editado originalmente en la ciudad de Guayaquil, Ecuador, en 1825. Se imprimió luego en Inglaterra, Francia, Perú y la mayoría de los países latinoamericanos. Aunque se citó en varias obras especializadas, nunca se publicó en España. Se produjo una suerte de omisión del que se considera el poema épico más destacado del siglo XIX escrito idioma español.

Esta edición contiene el *Canto* completo, con las notas originales de su autor, un prólogo de Fernando Iwaski, que la ubica en el contexto de su tiempo y de la literatura española, y un estudio de Raúl Vallejo, que la considera en sus aspectos estéticos y políticos.

Olmedo no fue solo el más destacado poeta de su tiempo, sino el ideólogo de la independencia de Guayaquil, su ciudad natal. Fue uno de los fundadores del Ecuador y un apasionado defensor de su unidad y consolidación republicana. Vivió intensamente los avances, limitaciones y contradicciones de las nacientes repúblicas latinoamericanas.





